

Franz Hartmann

**EL PROCESO DE LA PROCREACIÓN
SEGÚN EL OCULTISMO**

Versión castellana de Max Scholz, 1934



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección “Rosae Crucis” N° 6

ÍNDICE

Capítulo I - ¿Podemos Determinar antes del Nacimiento el Sexo del Hijo?, *página 3.*

Capítulo II – Naturaleza del Semen Espiritual, *página 7.*

Capítulo III – Intervención de los Cuerpos Invisibles del Hombre, *página 11.*

Capítulo IV – El Poder del Amor, *página 15.*

Capítulo V – El Rayo de Luz Divina, *página 19.*

Notas, *página 26.*

I

¿PODEMOS DETERMINAR ANTES DEL NACIMIENTO EL SEXO DEL HIJO?

Se ha escrito ya extensamente sobre la determinación previa del sexo de la criatura antes de su nacimiento y el arte de producir, a voluntad, descendientes masculinos o femeninos, pero todas las opiniones expuestas hasta ahora partieron de suposiciones completamente infundadas, y fracasaron las prescripciones recomendadas, pues, por más que, por ejemplo, en la familia del Zar de Rusia, después de muchos años de espera y después de observar, de una manera estricta, la teoría del ayuno de un profesor alemán, nació un heredero masculino, este experimento iba precedido de numerosos fracasos, y se necesitaría una gran fantasía para atribuir el nacimiento de tal niño al crédito de este método.

En los tiempos de Hufeland creían muchos médicos que el ovario derecho de la mujer contenía las células masculinas y el izquierdo las femeninas, y hace pocos años, esta quimera de las células masculinas y femeninas fue nuevamente objeto de discusión por parte de un profesor alemán. Tales teorías, cuya exactitud no ha sido comprobada para nada y que se hallan en absoluta contradicción con el buen sentido humano, no tienen, por regla general, otro objeto que el de proporcionar a su inventor cierta fama, la cual, acostumbra a ser fugaz y poco consolidada y perdura el tiempo necesario para que todo el mundo se convenza de su insensatez.

Sin embargo, la distribución de los sexos en esta Tierra está ordenada por una determinada ley de la Naturaleza, y el hombre, con su poderío, puede prefijar previamente el sexo de las criaturas que quiere producir, a condición de que conozca esta ley y que sepa aplicarla en la práctica. Esta ley fue descrita, hace ya trescientos años, por el célebre médico Teofrasto Paracelso en su obra “De Virtute Imaginativa”, y la practican numerosos ganaderos en Inglaterra, Canadá, América y Australia, para la cría de caballos y de ganado vacuno.

La procreación en el hombre es también un acto animal y se halla sujeto a la misma ley. La Naturaleza del hombre terrestre no se diferencia tanto de la de un animal que requiera para él una excepción. Sin embargo, para explicar científicamente los efectos de esta ley, es preciso penetrar algo más profundamente en el reino de la psicología, o mejor dicho, en el reino de la “Magia”, pues la facultad procreativa en el hombre y también en los animales es una fuerza mágica, ejercida instintivamente por los animales y los hombres-bestias, pero que puede ser del dominio de los seres de superior desarrollo, porque en verdad es la única de las originares fuerzas mágicas que le ha quedado al hombre en su actual estado de degeneración material.

La cultura europea apenas ha vencido el período de craso materialismo, y existen todavía muchos desequilibrios. Aun entre los sabios hay todavía muchas personas que no

quieren comprender que el espíritu) es decir, la unidad de conciencia, voluntad e imaginación es la fuerza que da forma en el Universo y que actúa dentro de la materia.

Hoy día ya no es ningún secreto que los sabios indos, hace ya miles de años, enseñaban que el mundo entero, con todas sus manifestaciones, es Maya. Schopenhauer, en su obra “El Mundo como Voluntad e Imaginación”, ha popularizado este concepto en muchas esferas, tanto, que parece superfluo hablar de ello detalladamente. Sin embargo, con esta teoría pasa lo mismo que con muchas otras es moda crearlas; pero tan sólo muy pocos la comprenden y contadísimos la aplican.

Según el concepto indo, todo ser tiene por origen “Maya” o “imaginación”, es decir, todas las formas que existen en este mundo han sido creadas en la substancia cósmica por la fuerza de imaginación del espíritu planetario, ya este mundo de formas no pertenece tan sólo la tierra, para nosotros visible, de las manifestaciones “materiales”, sino también el mundo “astral” y el mundo de los pensamientos, ambos invisibles para nosotros.

Las imágenes que el espíritu produce en la esfera de nuestros pensamientos y que, mediante nuestro aparato cerebral, derivan en concretos conceptos, son tan substanciales como las formas materiales que nos rodean, con la única diferencia de que constan de vibraciones más finas de la misma substancia, de mayor movilidad y por lo tanto más variables, pertenecientes, podríamos decir, a una octava superior en la composición de la armonía mundial, o en otras palabras, a un grado superior de existencia que el del mundo material. Si tuviéramos la fuerza de bajar, mediante nuestra voluntad, las vibraciones de la substancia de las cuales existe un concepto en nuestro espíritu, a una octava inferior, pudiéramos “materializar” también estas concreciones de nuestra imaginación, hacerlas visibles, lo que muchas personas saben ya que no es un imposible. Prueba de ello son los conocidos fenómenos de los fakires indos, descritos por Jacolliot en su libro: “En el país de los Fakires” y por muchos otros sabios.

Esta fuerza mágica de la “imaginación” y de la voluntad existe en nuestro propio interior, pero todavía no somos conscientes de este poder y por lo tanto no lo podemos aplicar inteligentemente.

Sin embargo, lo que no puede hacer todavía nuestra inteligencia, lo hace, sin saberlo nosotros, durante el acto de la generación, el espíritu por mediación de la fuerza organizadora de la Naturaleza y con la ayuda del organismo femenino y de las fuerzas ocultas en él.

No solamente el mundo, sino también el hombre, antes de su nacimiento, son un producto de la imaginación y de la voluntad, y el sexo de este último no es una excepción de la regla.

La mujer, por regla general, tiene un organismo más sutil que el hombre, y sin embargo, su vitalidad y resistencia son quizá mayores todavía, y es ridículo creer que una mujer ha de estar degenerada físicamente al parir niñas. No hay tampoco como se ha dicho, ovarios mitad masculinos y mitad femeninos, y nadie todavía ha encontrado diferencias sexuales en las “células” no fructificadas. En cambio, existen imaginaciones ideales de las cuales, según su naturaleza, nacen imágenes masculinas o femeninas, y estas imágenes juegan un gran papel en el acto de la generación. Ocurre lo mismo que con la obra de arte. Un escultor que quiere producir la estatua de una Venus ha de sentir por anticipado el amor hacia este ideal. De este amor nace la concreción de su imaginación y en sus pensamientos toma ella la correspondiente forma. Está completamente dominado por este ideal de mujer

que su imaginación ha creado en él, con tal intensidad, que se olvida a sí mismo y del beneficio que resulta de su trabajo. El artista, interiormente, se convierte entonces en la realización de este ideal al cual da expresión mediante el trabajo de sus manos, con barro, mármol u otra materia. Tan sólo si vive enteramente en su obra, poseyendo para su representación la educación y los medios necesarios, es un verdadero artista. y si el espíritu creador del artista, sea hombre o mujer, piensa en un Hércules, el producto de la obra de sus manos será, en las mismas circunstancias, una forma masculina.

Exactamente la misma ley domina en la generación. Si el hombre está completamente dominado por el amor hacia su mujer, estará totalmente invadido por este ideal femenino, y toda su imaginación estará llena de este ideal, imponiendo su sello a la “materialización” que se va a crear. Es decir, que comunica a la criatura el carácter femenino que la imaginación del hombre ha creado instintivamente en su interior, y el resultado será el nacimiento de una niña. Pero si, en cambio, el amor de la mujer es más fuerte, también su imaginación será más fuerte, y la forma del feto corresponderá al ideal masculino que su imaginación forme en su interior, y nacerá un niño.

Por lo tanto, en la determinación antes del nacimiento se trata principalmente de si el amor, y por lo tanto, de la imaginación creando un ideal, es más grande y más fuerte en una u otra de las dos partes. Si la mujer tiene un temperamento ardiente, mientras que el hombre, durante el acto de la generación, es más o menos indiferente, en caso de producirse fecundación, es de esperar el nacimiento de un vástago de sexo masculino.

Y, en cambio, si el hombre está ardiendo de amor y la mujer indiferente, nacerá una niña.

Por esto vemos que en la teoría de Schenk subraya una gran verdad, según la cual el elemento más fuerte vence en el acto de la generación al más débil.

Sin embargo, se dio una interpretación equivocada después a esta teoría, pues, al atribuir una influencia especial a la alimentación física sobre el amor, según esta ley, se debería someter más bien al hombre a un tratamiento de ayunos, y no a la mujer. Esta suposición, sin embargo, se halla muy poco justificada ya que es un hecho bien conocido que precisamente las personas tuberculosas son las más ardientes desde el punto de vista sexual.

El instinto de un pueblo reconoce frecuentemente una verdad que queda oculta en las quimeras de sabios sutilizadores. En algunos pueblos es considerado como una prueba de un amor muy especial de una mujer para con su marido si da a luz un niño, y por este motivo es objeto de especiales honores y regalos.

En el fondo esto no se hace porque se deseara un niño -ya que para ello la mujer no merecería un agradecimiento especial- ni se le reconoce en ello un favor que le haya hecho el Destino, sino una ofrenda que la mujer brinda al hombre.

Las leyes naturales son generales y no limitan su efecto a ninguna clase especial.

Por este motivo, la misma ley rige también para los animales, y como hemos dicho antes, la aplican desde hace mucho tiempo los criadores de caballos. Si quieren que nazcan potras se escogerá el tiempo en que el caballo macho esté en fuerte calor, mientras que para tener potros se escoge otra época. Es extraño que a los sabios no les haya ocurrido todavía aplicar esta ley también a los hombres. ¿Es que acaso ellos ignoran un hecho conocido por los campesinos, lo que desde luego ocurre con harta frecuencia?.

Desde luego, el estado de una persona y el grado de su pasión no es siempre el mismo, ya que de esta manera en una familia no podría haber más que niños, y en otra tan sólo niñas, mientras que en la mayoría de las familias hay descendientes de ambos sexos.

Todas las personas pueden explicarse este hecho, tomando en consideración que los sentimientos, las inclinaciones y las pasiones varían y dependen de las más diversas circunstancias. Lo que se ama hoy, podrá ser causa de disgusto mañana; lo que hoy deja a un hombre indiferente, podrá quizá otro día encantarle. Si fuera posible encontrar un instrumento para medir el grado del amor, este asunto podría quizá regularizarse mejor y si se pudiera establecer una estadística exacta en este sentido, obtendríanse pruebas científicas exactas que satisfacerían a los incrédulos; pero por falta de la “ciencia exacta” nos queda tan sólo para emitir un juicio el sentido común y la observación propia.

Durante mi práctica de veinticinco años he observado un número muy grande de familias y he visto que los hombres muy apasionados tenían, por regla general, niñas y que, en cambio, mujeres apasionadas que tenían por esposos hombres indiferentes, dieron a luz niños. Me acuerdo de la familia de un hombre con título nobiliario que por la noche siempre llegó a casa borracho y a quien su mujer detestaba. Tenía seis niñas producidas en la embriaguez, unas idiotas y las otras medio “lelas”. Es posible que algún día alguien presente una estadística según la cual en la mayoría de los matrimonios contraídos a disgusto de la mujer, así como en los casos de violaciones de mujeres y de prostitución, la mayoría de las criaturas que nacen son niñas.

II

NATURALEZA DEL SEMEN ESPIRITUAL

Todos somos “espíritus materializados” o seres etéreos originarios de un pensamiento que, mediante las fuerzas de la Naturaleza, se ha construido un cuerpo material. También la Biblia nos enseña que todo ha sido creado del “Verbo”, y el “Verbo” es la expresión del pensamiento por la voluntad, o con otras palabras, del hecho (1). El mundo entero es, como dice el poeta, una “Idea Divina”, o mejor dicho, la expresión de la idea de Dios, creada de sí misma y proyectada por su voluntad a la existencia objetiva. Lo que la voluntad de DIOS condensa en el Universo, visto en su totalidad, consume la voluntad divina en el hombre por medio del espíritu humano.

Ahora bien, la voluntad de DIOS es el amor, y con su fuerza mágica de expresión al ideal, cuya imagen encuentra en el espíritu. No hay que interpretar esto en el sentido de que para la creación de un mundo tendría DIOS que pensar y estudiar lo que ha de crear ahora, y con su fuerza mágica da expresión al ideal, la voluntad y el amor son una sola cosa, y debería serlo también en el hombre. No se trata de que en el acto de la generación se forje una idea concreta, un concepto de un ideal, masculino o femenino, sino de que el amor hacia un ideal masculino o femenino se traduzca por sí mismo en la idea correspondiente. En otras palabras: no se trata de la producción de una idea fantástica o de una quimera, sino de la fe espiritual en el ideal correspondiente, de la cual nace el amor hacia este ideal y que puede expresarse, quizá, con la palabra “Sugestión”, tan popular en nuestros días.

Si el alma (la subconciencia) está absorbida por esta fe, se formará por sí mismo aquella idea, aquel concepto que Paracelso llama la “semilla” espiritual, es decir, una fuerza generadora femenina y otra masculina.

Dice en “De Generatione Hominis”, página 344:

“Para el mantenimiento de los sexos ha dado Dios a los hombres la libre voluntad, sujetando el semen a su fantasía, de una manera sólida (profunda), material (substancial), con todo su ser. La imaginación produce el deseo y el deseo produce el semen. De esta manera se genera el semen, que nadie ve ni puede ver, estando sujeto a la voluntad del hombre el producirlo por su fantasía.

“En la fantasía del hombre es la mujer, y en la fantasía de la mujer es el hombre el objeto de la meditación. De esta manera se enciende el Liquor Vitae (espíritu vital) por la meditación transformándose en la semilla de otro hombre, en el cual toda su naturaleza, sus propiedades, la calidad y existencia de los órganos están contenidos de una manera invisible, pues el Liquor Vitae está en todos los fragmentos del padre y de la madre, nacido del hombre, en su totalidad. Pero es uno de los mayores errores que los médicos han inventado en todos los tiempos el considerar que el semen visible, el esperma, que sale de los Vasibus spermaticis (células espermáticas), prescindiendo de este semen espiritual, pudiese producir a otro ser.

El semen espiritual que hace crecer al hombre, queda en el Liquor Vitae y no entra en la esperma; de esta última se forma en la matriz tan sólo el cuerpo material del hombre, mientras que el hombre espiritual (etéreo) está ya contenido en su totalidad en el semen (espiritual). Este semen espiritual procede de la integridad del organismo del padre y de la madre y, sin embargo, no es más que un solo semen cuando se unen los dos. La matriz de la madre atrae este semen y de esta manera se desarrolla la forma material del hombre futuro. Entonces se hallan reunidos todos los elementos de la composición humana y tan sólo falta la vida y el alma.

“Si todo el semen estuviera contenido en una persona, el carácter del niño sería igual, en todos los sentidos, al de esta persona, como por ejemplo, la semilla de un nogal no produce otra cosa que un nogal; pero la mezcla de los dos sémenes da lugar a innumerables diferencias, de manera que no hay dos hombres enteramente iguales, y aquel semen que de los dos es el más fuerte impone al otro su imagen, es decir que la Naturaleza forma el cuerpo a su semejanza.

“En cuanto al nacimiento de un niño o de una niña, ocurre lo siguiente: Los dos sémenes se atraen mutuamente, y el uno extrae las partes eficaces del otro, vencíendolo. Este vencimiento no se logra por la fuerza misma del semen, sino por la fuerza de la Naturaleza de los padres. El primer semen que extrae la matriz impone el sexo a la criatura. Si primeramente llega el semen de la madre, resultará una niña, y si primeramente llega el del padre, resultará un niño, y si la matriz no atrae este semen (espiritual) no habrá embarazo” (2).

No hay duda de que todavía hoy existen personas de inteligencia limitada que han oído decir que Paracelso fue un charlatán, orientando su opinión en este sentido. También habrá todavía bastantes médicos poco eruditos en la historia de la medicina que miren con desprecio a este gran reformador de la medicina, imaginándose saber mucho más que él. Sin embargo, la moderna ciencia médica, aunque ha hecho progresos en algunas cosas, tardará todavía mucho tiempo en llegar al nivel a que la elevara Paracelso, y por lo tanto, lo único que podremos hacer es dar a los actuales representantes de la medicina el consejo de que estudien detenidamente sus libros, y sobre sus enseñanzas reflexionen con el fin de comprenderlas y convencerse de las verdades que sustentan mediante su aplicación práctica. Vale más comprender una cosa antes de emitir un juicio o de condenarla.

La medicina oficial ha hecho progresos en estos últimos tiempos, en la dirección señalada por Paracelso. Los autores modernos se han adornado con plumas ajenas y las cosas conocidas desde hace mucho tiempo han sido bautizadas con nuevos nombres graciosos. Lo que Paracelso llamó “Imaginatio” se llama hoy “Sugestión”; su “Magia” empieza a abrirse paso con el nombre de “Hipnotismo”, y aun su Liquor Vitae reclama ser reconocida por las academias con la denominación de “Fluido nervioso”, pero nuestras ideas, todavía profundamente sumergidas en el materialismo, padecen de impiedad, es decir, que carecen del reconocimiento de la realidad que es la base de todas las manifestaciones exteriores. Nuestra ciencia médica no ve otra cosa que el edificio material que sirve de morada para el hombre, pero no ve al hombre mismo; no ve más que la materia que se puede mover, pero no el espíritu que la mueve. Juega celosamente con la sombra de las cosas, a la cual toma por la cosa misma.

Para llegar al conocimiento de las leyes del espíritu se necesita reconocerlo, y para llegar a tal comprensión necesita la naturaleza humana espiritualizarse para poderse elevar

al sutil reino. Este es el punto de vista de Paracelso y hacia este punto va subiendo lentamente la ciencia del porvenir.

Todos los hombres cultos saben hoy que el desarrollo del feto humano empieza con la célula germinal, pero esta célula no es más que el punto de apoyo para la edificación del cuerpo material, el cual tiene por base una idea, un pensamiento, y este pensamiento no es un nada vacío.

Bien sabido es que no hay materia sin fuerza ni fuerza sin materia. La fuerza y la materia tienen el mismo origen y en esencia no son más que una sola cosa. Si existe fuerza espiritual, esta fuerza es también substancial, y si el pensamiento es una fuerza, de lo que nadie puede dudar, ha de ser también “material”, es decir “substancial”. Es, precisamente, esta materia espiritual que Paracelso llama el “semen” y en el cual, a causa de la pasión encendida, se forma una imagen.

Tan sólo las personas ignorantes dudan en la actualidad que la fantasía de la madre puede ejercer una influencia sobre la formación del feto. Si una mujer, durante el acto de la generación, piensa en otro hombre, al cual ama o cuyo ideal llena enteramente su alma, será más que probable que el niño tenga las facciones de esta persona amada.

Por motivos parecidos llegan a nacer, mediante el onanismo, la pederastia y otras perversidades, aquellas monstruosidades que describe Paracelso, invisibles desde luego a nuestros ojos materiales, y desconocidas por la ciencia, si ésta las ve tan sólo a través de lentes concretos, las cuales, sin embargo, existen efectivamente en la esfera a que pertenecen, como nosotros en la nuestra.

El Liqueur Vitae, la esencia de la vida, o Fuerza nerviosa (Prana), o cualquiera que sea el nombre que queramos dar a esta substancia, para la cual la ciencia oficial no ha encontrado todavía ningún nombre a su gusto, es lo que el espíritu necesita para edificar la imagen de los pensamientos y materializarla. Esta esencia se halla en todas partes, en la sangre, y muy especialmente en el líquido seminal y “aura seminalis”.

Por este motivo se dedicaron, en los tiempos antiguos, ofrendas de sangre, con el fin de proporcionar a estos seres el material para hacerse visibles, y por el mismo motivo durante las reuniones nocturnas de determinadas sectas de negros, y pueblos salvajes, para fines de hechicería y magia negra, tienen lugar orgías sexuales con el objeto de prestar materiales a los seres infernales para que tomen forma humana, es decir, para densificar sus formas etéreas, invisibles de tal manera que se hagan visibles y palpables.

También entre los espiritistas hay individuos degenerados que se sirven de medios de esta clase para lograr las “materializaciones de los espíritus”. El afán engendra la idea, la idea la forma, y la forma necesita para su densificación de la materia. Esta materia la proporciona en estos casos el Liqueur Vitae o fuerza vital del hombre, por cuyo motivo, si estos experimentos se continúan, se produce un agotamiento de fuerzas.

La generación de un niño es un acto mágico de esta clase, aun en el caso de que tenga lugar sin el conocimiento de las correspondientes leyes naturales. La generación de un niño es, en determinado sentido, una “materialización de los espíritus”, puesto que el verdadero hombre es espíritu, edificando de esta manera el cuerpo que luego, por la vía material, nace y crece.

El cuerpo es la expresión del alma y es movido por sus disposiciones, en lo que sus limitaciones le permiten. Cuando andamos y extendemos la mano para coger alguna cosa, la voluntad invisible mueve nuestras piernas y nuestros brazos. La expresión de nuestra

cara, nuestra manera de andar y nuestras posturas, etc., dependen del estado de nuestro ánimo. Un buen actor no tiene necesidad de hacer estudios de cómo ha de mover los músculos de su cara; si siente el papel que ejecuta, su semblante toma involuntariamente la expresión conveniente.

La influencia que el estado de ánimo ejerce sobre nuestro cuerpo es bien conocida y no hay necesidad de aportar aquí nuevas pruebas, e igualmente conocida es la influencia de los órganos de percepción sobre el estado de nuestro ánimo.

Durante el embarazo se transmiten fácilmente al feto las impresiones que recibe la madre, ya que ambos están íntimamente unidos. La causa de los “lunares”, los “leporinos”, etc., la conocen todas las personas instruidas; se pueden criar animales de un color determinado, arreglando el lugar en que vive la madre de manera conveniente. Hay sabios que afirman que las rayas del tigre y las manchas del leopardo tienen su origen en las impresiones que causan la hierba de las junglas y el follaje de los árboles cuando sobre ellos caen los rayos del sol; el camaleón y otros animales cambian de color con el fin de escapar del peligro. No necesitan para esto de ninguna artificiosa capa de pintura. Todo lo logran por voluntad y por lo tanto no es una insensatez afirmar que la voluntad, en el momento de la fecundación, determina el sexo de la criatura según la imagen concebida durante este acto.

No es precisamente necesario para ello que la mujer considere a su marido y éste a su esposa como el único ideal. Otro ideal, y hasta un ideal imaginario hace el mismo efecto. Si, por ejemplo, una mujer quiere dar a luz un niño, bastará que en el acto de la generación tenga en su mentalidad algún otro ideal masculino, por ejemplo un arrogante oficial de caballería, cuyo retrato cuelga en la pared, aunque nunca en su vida lo haya visto en persona. Su marido ocupa entonces el lugar de este oficial de caballería y la obscuridad de la noche aumenta todavía más la ilusión. De la misma manera podrá el marido en su deseo de tener una niña, pensar en algún otro ser femenino, en una imagen de la cual esté enamorado, y lo único de que se trata es que este deseo sea lo suficientemente poderoso para que produzca la impresión deseada; la Naturaleza hace luego por sí misma el resto.

Sin embargo, mayor es la eficacia si se tiene en los brazos, en persona, al ideal deseado.

III

INTERVENCIÓN DE LOS CUERPOS INVISIBLES DEL HOMBRE

Los hechos mencionados en los capítulos anteriores parecerán un enigma para muchas personas que no se hayan dedicado todavía al estudio de la constitución del hombre, y por lo tanto es preciso dar aquí alguna explicación más detallada. Ruego previamente al amable lector que me siga un poco en la esfera de la metafísica, y desde luego me comprometo a hacerle la senda tan fácil como me sea posible, suprimiendo aquí todas las consideraciones profundas secundarias. Por otra parte, las personas que estén ya familiarizadas con estos asuntos no necesitarán de ninguna explicación.

Según el concepto corriente, se diferencian en el hombre el cuerpo, el alma y el espíritu, considerándose este último como un principio general (3), el alma como cosa individual y el cuerpo como el edificio dentro del cual habita. Sin embargo, estas tres substancias son demasiado diferentes las unas de las otras para que puedan ejercer una influencia directa sobre las demás.

Ahora bien, entre el cuerpo visible y el alma, y lo mismo que entre el alma y el espíritu existen otras substancias intermedias que permiten que se ejerza esta influencia.. De la observación de tal circunstancia nace la séptuple división de la constitución del hombre, de cuya evidencia puede convencerse cada uno por el propio estudio. Sin embargo, en vista de que esta división es ya tan generalmente conocida, no deseamos entrar aquí en explicaciones detalladas (4).

Nos limitaremos, por lo tanto, a hablar aquí únicamente de los principios, denominados inferiores del hombre, es decir, de aquellos que pertenecen a su naturaleza terrestre, material. El estudio de los principios elevados pertenece a otro capítulo.

Según la enseñanza del sabio indo Sankaracharya, se distingue en la constitución del hombre, como en la Naturaleza entera, la realidad y la apariencia, es decir, entre la verdad y su manifestación, o entre el “espíritu” y la materia (forma).

El espíritu (Âtma) es lo que existe por sí mismo, sin ser creado. Es imperecedero, superior a todas las formas, ajeno a todo tiempo y espacio, y a lo cual, con el fin de complacer al lector cristiano, daremos el nombre de DIOS o de “Espíritu Santo de DIOS”. Todo lo perecedero, todas las formas visibles, y también las invisibles, en resumen, todo lo que se llama “materia”, no es otra cosa que “Maya” (ilusión). Todo lo que, como dicen los místicos cristianos, “no es DIOS” (realidad substancial), no es nada en sí mismo.

Nosotros, con nuestra forma corporal, no somos, en verdad, más que una apariencia y lo único que es substancial en nosotros, es DIOS.

“Maya” es algo así como el espejo de DIOS en el Universo, el alma del mundo. Una imagen reflejada, una proyección, nada es en sí misma, porque si el objeto se aleja desaparece el reflejo, no quedando más que el cristal. “Maya” es este cristal en que se proyectan las imágenes, pero con la diferencia de que la penetra la fuerza de la vida y se

halla repleta de imágenes tangibles, capacitadas para la manifestación de la conciencia, percepción, voluntad, inteligencia, etc. Todas estas fuerzas, en el fondo, son movimiento, y representan diferentes especies del mismo, y por consecuencia, diversas “vibraciones”.

Todas estas manifestaciones consisten por lo tanto en vibraciones de la substancia del universo, de las más diferentes tónicas, desde las vibraciones espirituales y las imágenes formadas por el pensamiento, hasta la materia, aparentemente muerta, que forma las rocas de las montañas.

Todo esto está explicado también detalladamente en las obras de Schopenhauer. Se trata aquí de una verdad tan sencilla que no hay necesidad de largas explicaciones ni de profundos argumentos para comprenderla fácilmente.

Cuando un hombre se ha capacitado de la profunda verdad de que el espíritu divino crea y reconoce estas imágenes creadoras de formas en el espejo de “Maya” y que este espíritu vive en su interior y que forma su propio “Ego” inmortal, como dice también el apóstol Pablo (5), entonces comprenderá asimismo que este espíritu puede producir, por su mediación, la imagen de una persona, y que depende de él formar esta imagen según su amor, pues la voluntad divina es amor, y la voluntad humana, guiada por la inteligencia puede lograrlo todo.

Por lo tanto, cuanto más el hombre se dé cuenta de que esta voluntad divina le pertenece a él, es decir, a su naturaleza superior, tanto más comprenderá el acto de la generación que en los animales se efectúa por instinto, sabiendo aplicar las leyes correspondientes.

Considerado en este sentido, el acto de la generación es una acción sagrada, y el matrimonio, en su verdadera acepción, debe considerarse como un sacramento; pues, ¿qué podría el hombre crear de más sublime que una forma humana en la cual el espíritu de DIOS puede envolverse y manifestarse? Así como en el espejo de “Maya”, el mundo entero es una manifestación de las fuerzas contenidas en la divinidad, lo mismo ocurre en el hombre, que en su perfección, es una manifestación de estas fuerzas, y si es consciente de ellas podrá dominarlas y utilizarlas para sus fines. Por otra parte, sería una gran equivocación creer que el espíritu del niño, producto del hombre, es también producido por él, ya que el espíritu de este niño tiene un origen completamente diferente, como veremos en el próximo capítulo cuando tratemos de la reencarnación.

El hombre no produce otra cosa que una forma semejante a él, una imagen de “Maya”, un cuerpo vivo que sirve de morada y medio de expresión para el espíritu.

Este espíritu es de dos formas, según su origen: el espíritu de DIOS en el hombre emana de DIOS, vive en DIOS y vuelve a DIOS. El espíritu terrestre del hombre tiene su origen directo en la Naturaleza. Uno se eleva hacia lo más Sublime, mientras que el otro gravita hacia la Tierra. La patria del primero es aquel mundo que se llama “Cielo”, y la residencia del segundo, es nuestro mundo material, que el hombre, con demasiada frecuencia, transforma en un infierno. El espíritu de DIOS que actúa dentro del hombre se halla en todas partes; no está unido a ninguna forma y no está encerrado dentro del cuerpo humano, pero, dentro de este cuerpo y por las fuerzas del mismo, puede producir una forma divina, una imagen reflejada de sus propiedades divinas, por la vía del “renacimiento espiritual”. Puede compararlo con la luz del sol, que irradia por todas partes, y que, mediante las fuerzas pertenecientes a la Tierra, produce plantas y árboles.

El espíritu de DIOS es eterno, invariable y no tiene necesidad de desarrollo, siendo el motivo fundamental de todo lo que existe y de todas sus transformaciones.

El espíritu del hombre necesita para su desarrollo de una forma. Imposibilitado de ejercer una influencia directa sobre el cuerpo exterior, visible, material, necesita para este fin un organismo de materia más fina que le una con el cuerpo visible. El cuerpo material basto es de una naturaleza demasiado densa para ser transformado por la influencia del pensamiento, pero el cuerpo etéreo, más delicado, toma las impresiones de los pensamientos, y no sólo es transformado por estas impresiones, sino que las transmite a su vez al organismo físico, puesto que el organismo físico lo forma y transforma el organismo suprafísico, siendo el primero en efecto la expresión, o, mejor dicho, la imagen más o menos fiel de este último, o sea del original etéreo.

Esta teoría, cuya exactitud ha sido comprobada a través de millares de experiencias y de la cual cada uno puede convencerse mediante el estudio de su propia vida interior, explica que no sólo la vida mental, los pensamientos de la mujer, durante el embarazo ejercen una máxima influencia sobre la naturaleza de la criatura, sino que también puede determinarse su sexo en el acto de la generación, ya que el pensamiento forma la base para la creación del organismo suprafísico, y este último engendra la forma física.

Hemos de distinguir, por lo tanto, lo siguiente:

1) DIOS, el origen eterno de todas las cosas, que es la substancia de todo, fuera del cual no tiene existencia ninguna vida independiente, sino únicamente imágenes que en sí mismas carecen de toda substancia.

2) Espíritu, la conciencia, la inteligencia o el poder de DIOS, que es la fuerza organizadora y productora de formas en el Universo.

3) El Reino de “lo material” (Maya), o la “Naturaleza” en la cual todas las imágenes son producidas por la fuerza de DIOS, naciendo como manifestaciones de DIOS (6).

Tenemos aquí, por lo tanto, la antigua teoría de la Trinidad que se encuentra en las filosofías y sistemas religiosos más antiguos, y que, desde luego, es indivisible. DIOS (el Padre) es la acepción de fundamento de todas las cosas y sin el cual nada puede tener realidad. Una cosa, como conjunto, puede ser absurda en su composición, pero una cosa sencilla, que no tenga sentido, no existe. Las palabras más insensatas que un filósofo pueda pronunciar, se componen de letras individuales y cada letra tiene su significación determinada.

La inteligencia o el “Espíritu” se manifiesta en el pensamiento (el hijo), y su manifestación en la Naturaleza es la expresión del pensamiento contenido “en el Padre”, pronunciados por su “hijo” (su fuerza), o sea su “Verbo”.

Espíritu, Pensamiento y Verbo están inseparablemente contenidos en cada cosa, aunque el sentido no haya producido todavía ningún pensamiento, o el pensamiento no haya sido pronunciado todavía, es decir, no se haya manifestado y aparecido. También el hombre no es otra cosa que una apariencia insubstancial en sí misma (sin DIOS o espíritu). El hombre es, como todas las cosas, un pensamiento expresado (realizado), y cada existencia humana tiene por base un determinado sentido, aunque no todos comprendan este significado de su existencia, ignorando el objetivo y el porqué de ella. Ellos ven únicamente el pensamiento manifestado exteriormente, el contemplarse a sí mismos, pero no comprenden su significado.

Dios, Espíritu y Naturaleza (manifestación) son una sola cosa inseparable, pero en el reino de las proyecciones o “manifestaciones” hay diferentes grados de existencia, o “gradaciones” de lo que se llama materia (substancia). Se diferencian según el grado de su densificación (concentración) o sutilización, perteneciendo a distintos grados de su existencia, como, por ejemplo, cada nota de un piano, al reproducirse en una octava superior, tiene un sonido diferente del mismo tono de la octava inferior.

Con el fin de presentar este asunto de manera bien clara y sencilla, evitando al lector la exposición de sutilidades metafísicas, no daré aquí las definiciones de las teorías de Tattvas, Tanmâtras (7) y otros, y me imagino la división de la siguiente manera:

1) El Reino del Amor e Inteligencia o el mundo de las ideas abstractas, en el cual no hay todavía conceptos determinados.

2) El Mundo intelectual de los pensamientos o el Reino de los pensamientos de formas objetivas.

3) El Mundo Astral o Mundo de los sentimientos, es decir, el Reino de los instintos y pasiones, con las formas producidas por los pensamientos.

4) El Éter, que en calidad de quinto elemento une el mundo astral con la materia.

5) El Mundo elemental, o mundo visible, material, formado por las esencias de los cuatro elementos: “Tierra” (materia), Agua, Aire y Fuego (energía).

Todos estos reinos se hallan lo mismo dentro del hombre que fuera de él, pues en el hombre pueden encontrarse todas las fuerzas que están contenidas en la Naturaleza, como conjunto.

IV

EL PODER DEL AMOR

El amor, por ejemplo, es general, y aunque se manifiesta de manera diferente, según el grado de su fuerza y de sus efectos, y es idéntico en esencia en todas las cosas. Lo mismo une a los sistemas planetarios que a los átomos. Es de naturaleza substancial (material) ya que de otra manera no podría sentirse, ni podría obrar.

La inteligencia se halla generalizada y la fuerza de su reconocimiento es, en esencia, la misma en todos los hombres. Las imágenes, producidas por los pensamientos, son tan numerosas en el mundo mental como las estrellas en el firmamento. Nunca un hombre ha producido una nueva idea por sí mismo; únicamente puede, si posee la necesaria capacidad, recoger una idea existente que luego es algo nuevo para él, y mediante sus meditaciones le presta la forma conveniente. Cada individuo se forma su propio concepto de lo que ve y de lo que percibe espiritualmente, y si su concepto existe en forma de imagen, podrá manifestarlo exteriormente, si para esto posee los medios necesarios.

De esta manera, cada uno, según su poder mental y la fuerza de su amor, puede producir una imagen masculina o femenina, y esto se manifiesta exteriormente por la fuerza mágica de la Naturaleza y el material que proporciona la madre.

El concepto que predomina en el acto de la generación da a la imagen astral, y al aura espiritual, la forma (el sexo), y ésta moldea el cuerpo etéreo, del cual, por la atracción magnética, se desarrolla el cuerpo físico del niño. La esperma no juega otro papel que el de portador de la fuerza vital que ha de fructificar el huevo. Si la esperma no está impregnada del “semén espiritual”, no se producirá ninguna criatura humana, sino a lo sumo, una mola. En cuanto al nacimiento de gemelos, tri-gemelos, etc., Teofrasto Paracervo lo explica diciendo que en el acto de la generación, el organismo de la madre atrae al semén espiritual dos o más veces, y si no hay atracción, no habrá tampoco concepción y embarazo, aunque existan todas las demás condiciones necesarias.

Ahora bien, es bastante frecuente que dos esposos, aparentemente fuertes y sanos, a pesar de que ambos deseen un hijo con toda la fuerza de su alma, no logren que la mujer quede en estado, y si lo logran, los abortos se suceden uno tras otro. En estos casos se da generalmente la culpa a la mujer, la examinan un médico tras de otro, frecuentemente balnearios, y se somete a toda clase de tratamientos. En cambio, nadie piensa en preguntar al marido si en su juventud, por ejemplo de estudiante, ha sufrido de gonorrea.

El marido se calla, puesto que siente la vergüenza de confesarlo, pensando que hace tiempo está curada, y que el asunto no tiene gran importancia. Sin embargo, el ocultista, en vista de su experiencia, sabe muy bien que la gonorrea o alguna enfermedad sífilítica, por bien curadas que parezcan, pueden tener consecuencias permanentes, por el hecho de que el *Liquor Vitae* queda arruinado, no pudiéndose comunicar, por mediación de la esperma, al niño la fuerza vital necesaria para su generación y desarrollo. En estos casos nada pueden la

imaginación, ni el doctor, a pesar de los esfuerzos de éste que aplica tratamientos sin conocer el origen de la enfermedad.

¿No fuera conveniente, en vista de tales circunstancias, y muy especialmente para las mujeres, que en la juventud recibieran alguna instrucción en este sentido? ¿Qué pensaremos, pues, de la estupidez de nuestros futuros pilares de la sociedad al oírles cantar acompañados de sus bandurrias el refrán:

***“Quien nunca ha tenido gonorrea
no es un verdadero hombre. . .” etc.***

Con decir que estas cosas son “inmorales” no se logra nada o muy poco. La mayoría de las personas de raciocinio, al predicarles la moral, quieren saber el por qué de talo cual inmoralidad. Un mandamiento en el cual no se descubre ningún motivo racional excita más bien los deseos de infringirlo. Si cada uno previese ras consecuencias de sus acciones, reflexionaría también antes de cometer una trasgresión de las leyes de la salud.

Por lo tanto, el primer deber de las ciencias académicas debería consistir en dar a conocer y enseñar la completa constitución del hombre y sus relaciones con las leyes de la Naturaleza, lo que desde todos los puntos de vista sería mucho más útil que el descubrimiento de un nuevo saltamontes en el centro de África.

Vivimos actualmente en una época de conocimientos enciclopédicos y de superficialidad vana. Los árboles acaban por impedir la vista del bosque.

Sobre todo en la medicina, se trata de la apariencia exterior; se cree poder curar un mal enjalbegándolo. Los psicólogos dan vueltas a la psicología, o sea al estudio del alma, como el gato a la papilla caliente, y cada uno teme ser puesto en ridículo por sus compañeros, en caso de que se sepa que efectivamente cree en la existencia de una “psiquis” y de una espiritualidad.

La filosofía es muy rica en palabrerías sabias con poco sentido. Trata de encontrar, mediante largos rodeos, lo que está muy cerca, y de comprobar con frases difícilmente comprensibles, lo que no necesita comprobarse para ser evidente. Tampoco faltan los “buscadores de la verdad”, pero la buscan allí donde no está. Buscan la verdad en cosas exteriores, pero no la buscan en sí mismos, y no comprenden que nadie puede encontrar una medida con que medir la verdad de una cosa sin haber llegado a conocer la verdad en su interior.

Una persona que no haya llegado al conocimiento de la verdad en su fuero interno, o, mejor dicho, una persona que no llegue a conocer su propio Ego, no descansa sobre sus propios pies. No conociéndose a sí mismo, ¿cómo es posible conocer a los demás? No sabe lo que es en verdad y por qué motivo está en el mundo. Vive solamente una vida ilusoria, aunque esté sumamente sensibilizado en cuanto a las percepciones de las cosas exteriores, y toda su vida, con todas las actividades, no se halla impulsada por su propia voluntad, la divina voluntad que reside en él, sino por influencias extrañas. Cree saber multitud de cosas, desconociendo, sin embargo, UNA cosa: el origen de todo, que tiene su morada en sí mismo, y que en el fondo es también el origen de su ser.

Pero si un hombre se encuentra verdaderamente a sí mismo, despertando con ello su vida interior, se le abre un nuevo reino a su ciencia; y si ha encontrado la verdadera fuente de la verdad en su interior, no necesitará ya de todas estas “pruebas” de las autoridades y de

los libros; entonces se le manifestará espontáneamente el gran secreto de que el hombre es de origen divino y que únicamente su personalidad mortal pertenece a la Tierra.

Cuando en él despierta la conciencia de su divina naturaleza, sabe también, por propia experiencia y convicción, que aquella parte de su alma que es su verdadero Ego no puede ser producida por sus padres materiales, sino que es un rayo de la luz divina que ya antes de su vida actual en esta Tierra habíase creado muchas otras formas personales, para habitarlas, así como en el porvenir habitará muchas más. De este reconocimiento, nace la teoría de la reencarnación (8), que es inseparable de la ley del “Karma” o “Destino” (9), y hasta qué punto puede ejercer una influencia sobre el sexo del niño, de lo cual hablaremos en el próximo capítulo sin rogar a nadie que crea ciegamente en lo que vamos a exponer o en cualquier otra teoría, sino dejando que el criterio del lector determine lo que quiere creer o lo que puede entender.

* * *

Millones de hombres creen en la reencarnación o en la sucesión de materiales envolturas del alma, y otros niegan esta posibilidad, pero en ambas categorías, y entre los sabios que luchan unos contra otros en tal sentido, hay relativamente muy pocos que sepan realmente lo que se entiende por reencarnación, y es lógico en verdad que así sea. Mientras un hombre no conozca su propio y verdadero Ego, su alma inmortal, es decir, mientras no se haya dado cuenta conscientemente de que él es aquella alma inmortal, no podrá tener un concepto concreto, sino tan sólo una teoría vaga de todo lo que se refiere a la vida íntima del alma y de su estado antes y después de la muerte del cuerpo físico.

Lo mismo los defensores de esta teoría, como sus contrarios, tienen razón, desde su punto de vista, pues si un hombre no ha logrado todavía el conocimiento de su verdadera personalidad como reflejo de la entidad espiritual individualizada, se figura que su “Ego” es la personalidad que él mismo ha creado. Y no es esta personalidad precisamente la que reencarna.

La rematerialización, si así se la quiere llamar, consiste únicamente en que los elementos de los cuales se compone la personalidad se disgregan después de la muerte, tomando otras formas. Sin embargo, si se tiene presente que el verdadero Ego del hombre lo constituye la esencia, que es la base de su vida, idéntica, por lo tanto, con la divinidad, entonces la reencarnación de este espíritu divino es una cosa natural, puesto que sabemos por propia experiencia que la fuerza creadora que existe en el mundo produce constantemente nuevas formas. Continuamente mueren y nacen hombres, y la esencia humana, fundamento de la vida de la humanidad, es siempre la misma.

También en los otros reinos de la naturaleza tiene lugar un proceso parecido. La luz del sol es siempre idéntica y produce constantemente nuevas especies vegetales en la Tierra. Estas plantas viven y mueren, pero la luz no se preocupa de su vida y su muerte, no la afecta, a pesar de que se manifiesta materializada en estas plantas, dando a las flores y a los frutos color, belleza y sabor. Sabido es también que el sol no reproduce los vegetales carentes de semilla. Esa ley reina en toda la Naturaleza y así también hace falta el semen espiritual si el hombre quiere reaparecer en la Tierra como espíritu individual y no tan sólo como mero representante de su clase. Este semen espiritual es su parte inmortal, su alma, su

Ego, y la creencia en la reencarnación de los individuos tiene justificación y sentido únicamente en el caso de que exista este semen espiritual, es decir, cuando en el hombre se ha despertado la conciencia de su individualidad espiritual. En los hombres que forman parte del rebaño humano, no existe tal proceso. Lo que perdura mediante la generación es únicamente la clase a la cual pertenecen.

Difícilmente encontraríamos una persona gozosa de su existencia, pero que no conozca a Dios, que encuentre consuelo al decirte que después de su muerte nacerá otra persona que recibirá su alma de DIOS. Aunque, con todos los medios de la lógica y de la retórica se le probara que su propio Ego divino y la divinidad, el Ego y el alma del mundo, no son dos cosas diferentes, sacaría muy poco provecho de esta teoría, porque desconoce en absoluto la existencia de su Ego divino. No podría imaginarse ninguna otra inmortalidad que la de su propia personalidad tal como él se la figura, preocupándose muy poco de la inmortalidad de algo desconocido o, dicho con otras palabras haría muy poco caso de la teoría según la cual el espíritu de DIOS se crea perpetuamente nuevas formas, mientras que el individuo no es este espíritu y no toma parte en él.

Pero cuando un hombre haya sentido en su interior la presencia de este espíritu divino que lo penetra todo; cuando despierte en él la conciencia de que su propio Ego es esencialmente lo mismo que la divinidad, entonces la cosa cambia y ya no es un secreto para él la inmortalidad y la ley de la reencarnación.

Por esto el sabio indio cultiva su Tat-tvam-asi (“esto eres Tú”). Por este mismo motivo enseña el cristianismo, si se interpreta correctamente, la unión con Cristo (el hombre-dios), una unión que tiene lugar en nuestro interior, pero no exteriormente. Entonces, comprenderá que ni DIOS, ni la personalidad ilusoria del hombre, se reencarna, sino que la divinidad, subyacente en el fondo es él mismo, emana un rayo de luz espiritual que, periódicamente, se proyecta al través de formas humanas, producidas por padres terrestres, y mora en ellas. Él, en su más recóndita hondura, es este sol espiritual del cual emana aquel rayo, y es este rayo de sol mismo, el que se funde con el cuerpo material y sus propiedades personales mediante la encarnación.

Este cuerpo material, con todos los instintos, inclinaciones y capacidades intelectuales que hereda de sus padres, forma la “personalidad” del hombre, que es la máscara o envoltura viva, consciente, racionadora, percibidora, llena de voluntad, dentro de la cual vive el rayo de luz divina y cuyo objeto es desarrollar la individualidad espiritual del hombre y fortificarla. Esta divina luz constituye el Ego inmortal del hombre, su alma superior, de la cual el hombre terrestre, el hombre animal, a pesar de todos sus conocimientos científicos y sus capacidades intelectuales, a pesar de todo su entusiasmo, de su mojjigatería, a pesar de toda la moral aprendida mecánicamente y de todas las virtudes de que imagina ser acreedor, no sabe nada, ni puede saber nada, mientras que ésta, su alma divina o individualidad no se forme, y de ello se aperciba.

Todas las existencias son relativas. Una propiedad de la cual no soy consciente, no existe para mí, aun creyendo yo en la verdad de la teoría de que yo poseo tal cosa. Yo puedo imaginarme ser un DIOS y serlo efectivamente en el fondo de mi ser, pero mientras yo no conozca este fondo y no sea consciente de esta divinidad, de todo ello no me queda más que la teoría.

V

EL RAYO DE LUZ DIVINA

Todas las personas normales poseen en su interior un reflejo de la luz divina y el fondo infinito para la formación de un cielo, pero mientras no tengan la conciencia de ello, esta realidad les pasa desapercibida. Es, por tanto, grave error creer que no importa la manera cómo vivimos, ya que de todas maneras el alma es inmortal.

¿Qué beneficio le proporciona al ser la inmortalidad del alma si no es consciente de ella? Lo mismo podría ser el alma de alguna otra persona. Es verdad que el rayo de luz divina, cuando muera este hombre, se creará una nueva morada con el nacimiento de otro ser, pero de este hecho no sacará ningún provecho el primero, puesto que los restos mortales del hombre, una vez separados de ellos el alma, se descomponen en sus elementos.

Es también una equivocación decir que el hombre ha de tratar de salvar su alma. Debiera, por el contrario, decirse que el alma salva al hombre, atrayendo de su carácter y de su ser todo lo que le pueda servir para su propio crecimiento, y a esto van incluidos todos los pensamientos y sensaciones superiores que la presencia y la actividad del alma divina producen en el hombre. No es la ilusoria auto-conciencia del hombre terrestre, sino el alma divina, procedente del cielo, que después de la muerte de la personalidad, finida su estancia en la Tierra, retorna a la divinidad pobre y desprovista de todo, o cargada de tesoros, según las experiencias asimiladas.

El espíritu es el tronco del árbol de la vida o el sol espiritual; sus rayos son las ramas del árbol, es decir, las almas humanas individuales en su forma gloriosa, transfigurada; las personalidades son las hojas. El tronco, las ramas y las hojas son una sola cosa, pero las ramas pueden secarse y las hojas caen en otoño, dispersadas por el viento. Las hojas, descompuestas por la putrefacción proporcionan fertilidad a la tierra, en la cual podrá crecer otro árbol nuevo; pero las hojas caídas y descompuestas no vuelven a aparecer nunca más y nadie llamará a tal proceso “reencarnación”.

Una cosa parecida sucede con aquellos hombres que hasta el final de su existencia en la Tierra no han tenido ningún sentido de la vida superior, ni de la inmortalidad, entregándose únicamente a la vida material de los sentidos o a investigaciones intelectuales de la materia.

Desde luego, también estos hombres poseen en sí alguna partida de inmortalidad, aunque lo ignoren, pero no pueden considerarse almas inmortales, puesto que no son conscientes de la inmortalidad, y cuando esta parte inmortal, después de la muerte del individuo, se separe de ellos, no participarán de la inmortalidad, sino que se descompondrán.

Lo inmortal dentro del individuo que quizá ignoran la inmensa mayoría de los hombres, es el semen espiritual para la reencarnación.

Una encarnación de la personalidad puede tener lugar tan sólo en el caso de que esta personalidad, durante su vida en la Tierra, se haya encontrado a sí misma, habiendo adquirido la conciencia de su parte inmortal. Con la creación de este semen inmortal, nada tienen que ver los padres terrestres; su tarea consiste en crear para el rayo de luz divina o alma procedente de otros mundos (10) un cuerpo sano, apto, para la encarnación, y protegerlo y educarlo razonablemente, puesto que los padres no tienen ningún poder sobre las armas que desean la reencarnación, y la concepción no depende tampoco enteramente de ellos. Por este motivo, es muy razonable la explicación de que existen matrimonios que, por favorables que sean sus circunstancias, se quedan sin familia, por el motivo de que no se encuentre ninguna alma a propósito para la reencarnación en su ambiente.

La religión nos enseña que DIOS creó al hombre de “Tierra” (materia), insuflándole un alma viviente. Esto ocurre todavía ahora.

DIOS causa mediante su espíritu (el amor) la concepción; en este espíritu se forma la imagen del ideal que luego por la fuerza de la Naturaleza toma forma visible en el seno de la mujer. Y como un hálito entra el alma en el momento del nacimiento a la vida. Pero esta alma que de nuevo se presenta a la encarnación no es necesario que sea perfecta y que esté dotada de todas las propiedades divinas.

Si fuera perfecta, la vida terrestre ya no tendría para ella ninguna atracción ni necesitaría reaparecer en este mundo. En ella perduran todavía aquellas propiedades que durante su anterior presencia en este mundo se había apropiado; sus encarnaciones sucesivas tienen por objeto recoger nuevas experiencias, comer la fruta del árbol del bien y del mal con el fin de poder distinguir lo bueno de lo malo y avanzar en el sendero de perfección.

Por este motivo nacen frecuentemente niños, cuyas disposiciones intelectuales e inclinaciones morales son totalmente diferentes de las de sus padres, mientras que en otros casos, la naturaleza de los niños es similar a las de los padres. Puede atribuirse el hecho lo mismo a las afinidades electivas espirituales entre ambos, como a una influencia espiritual ejercida por los padres sobre el alma de los niños, ya que las almas afines se atraen mutuamente, y no es improbable que el alma de un querido miembro de una familia después de su muerte se reencarne en la misma familia.

Es de suponer también que el alma que desea reencarnar necesita para su desarrollo, según las circunstancias, un cuerpo masculino o femenino, de manera que, por ejemplo, el alma de un hombre que tenga un carácter afeminado reaparezca en su próxima vida con cuerpo de mujer, y el alma de una mujer con características masculinas renazca como hombre.

De manera parecida puede explicarse también la existencia en este mundo de mujeres masculinizadas y de hombres afeminados.

Pero, de todas maneras, no podemos explicarnos todas las leyes de la reencarnación, y menos todavía comprobarlas hasta que demos a los investigadores algunas indicaciones para sus meditaciones y llamar la atención de que la casualidad ciega no juega ningún papel y que todo lo que pasa en la Naturaleza está sujeto a leyes.

No se puede llegar a la confirmación de tales hechos mediante la especulación intelectual, pero disponemos de nuestra inteligencia para examinar y juzgar lo que percibimos intelectualmente para ver si nos parece sensato. Es factible llegar al convencimiento de que en la reencarnación no hay elección libre de padres, por lo menos

mientras el alma no haya logrado la capacidad necesaria para este fin, siguiendo únicamente la ley de simpatías. Habiendo el alma quedado despojada, juntamente con la pérdida de la última envoltura, también del instrumento para pensar, no piensa, y no le queda otra cosa que Amor y Felicidad (Sat-Chid-Ananda) (11).

Estas reflexiones nos dan, sin embargo, una indicación en el sentido de que es posible determinar previamente, o sea antes del nacimiento de la criatura, no solamente su sexo, sino también su carácter y sus cualidades espirituales, ya que las cosas afines se atraen mutuamente, y si la unión de los padres es armónica y si sus pensamientos son puros y nobles, es de suponer que el alma que se sienta atraída hacia esta familia, sea también adelantada y noble. Parece, por lo tanto, que la clasificación de un ser está justificada hasta cierto punto, según la familia en la cual ha nacido.

Hay niños que han nacido efectivamente “nobles”, procediendo de “buenas familias”, lo que no impide que por una falsa educación y un ambiente perjudicial se estropeen.

Las circunstancias que determinan la elección de los padres en la reencarnación son tan múltiples y tan diferentes, que es imposible seguirlas de una manera exacta y precisa; sin embargo, no hay duda de que un alma se reencarna allí donde tendrá la coyuntura de alcanzar las experiencias que necesita para su progreso.

Por lo tanto, en cuanto se refiere a la posición de un hombre en la vida, no existe casualidad ciega e infundada. Lo que a cada hombre se otorga lo había él mismo depositado anteriormente como causa y nada le ocurre sin motivo.

El alma de un tirano despótico habitará, quizá, en la próxima vida el cuerpo de un esclavo, con el fin de aprender a servir, y un esclavo que haya aprendido a dominarse, será en la próxima vida quizá un rey. El alma de un estafador de millones dispondrá tal vez, la próxima vez, del cuerpo de un gitano, mientras que el alma de un artesano, que silenciosamente practica el bien y se sacrifica para los demás, animará quizá más tarde el cuerpo de un millonario. El hombre es lo que él mismo se ha hecho. Necesita la ocasión para recoger experiencias, desarrollar su talento, vencer dificultades, etc., y para conseguirlo una sola permanencia en este mundo terrestre es demasiado corta y el alma tiene necesidad de reencarnarse repetidas veces, en diversidad de condiciones, con el fin de aprender la sabiduría en la escuela de la vida.

Cada ser, dentro de la armonía del Universo, está afinado a un determinado tono, y este tono le da a él su “destino”, sea alto, sea bajo. La personalidad recién nacida lleva el sello del carácter de aquella personalidad que la misma alma o individualidad había adquirido durante su anterior permanencia en la vida terrestre.

Lo que a un hombre distingue permanentemente de otro hombre, es la tónica de su carácter. La forma externa del cuerpo cambia rápidamente, y el espíritu de DIOS en el Universo es una Unidad. En DIOS no hay diferenciación ni separación. El carácter es el núcleo alrededor del cual se forma la capa exterior, la personalidad, y así como el hueso de una cereza recoge de la Tierra justamente lo que necesita para ser lo que fue su árbol generador, un cerezo, así atrae también el carácter fundamental del alma encarnada aquellos elementos espirituales que necesita para su nueva manifestación.

Se puede, por lo tanto, afirmar que hay niños que nacen del cielo y otros del infierno, pues las “anomalías constitucionales heredadas” proceden frecuentemente de una encarnación anterior, y las “inclinaciones perversas” con que la persona ha nacido no

pueden atribuirse forzosamente a los padres. Puede ser que a muchas personas les parezca ridículo, pero no es imposible que en un caso de “atavismo” el niño sea la reencarnación del espíritu de su propio abuelo. Ahora bien, el “espíritu” no ha de considerarse como un duende, ya que en este caso se trataría de posesión; no es tampoco el “abuelo” mismo, que hace tiempo murió, sino que se trata de un reflejo del carácter que tenía este abuelo.

Cuanto más desarrollado individualmente se hallaba el carácter del abuelo, tanto más se notarán sus particularidades en el nieto, y, por lo tanto, se puede decir muy bien que el alma del abuelo se ha reencarnado en él, es decir, que ha resucitado en el nieto.

En toda la Naturaleza tiene lugar constantemente esta clase de resurrección o reincorporación. Determinadas formas desaparecen, pero los mismos tipos reaparecen. Cada clase de minerales, plantas, animales y hombres, naciones y pueblos, tiene un carácter determinado propio, una individualidad particular, y cada forma que reaparece lleva el sello del carácter de su clase. Los hombres que no son más que rebaños humanos y que no han adquirido todavía el poder del pensamiento propio, poseen únicamente el carácter de su clase y este carácter se repite continuamente. Se distinguen entre sí tan sólo por la forma exterior y por la composición de particularidades generalizadas propias de la clase a que pertenecen. Poseen un espíritu común de clase, pero no poseen todavía carácter independiente, ni formación alguna permanente del alma. Su clase es “inmortal”, pero no su persona. Su alma pertenece a la clase, aunque el alma manifieste sus particularidades en cada individuo.

Sin embargo, el alma de una clase, como la de un individuo no es algo carente de organización, semejante al soplo del viento, sino que representa una unidad orgánica. No podemos formarnos un concepto concreto, corporal, de la organización del alma, pero no cabe duda de que tal organización existe, ya que el alma es la morada del espíritu y de él nacen las propiedades del cuerpo físico, y es la sede de la voluntad y de los conocimientos, de la inteligencia y de los sentimientos. Da vida a los órganos de percepción y los capacita para que oigan, vean, huelan, saboreen y sientan. El cuerpo necesita de los órganos para la ejecución de movimientos y para ponerse en contacto con el mundo material. Si el alma no dispusiera a su vez de órganos, el espíritu no podría coger y recoger ninguna idea y componer nuevos pensamientos. Sin el alma no habría conciencia, ni formación de conceptos, sentimientos, memoria, etc.

El alma en su esencia es luz, amor y vida.

La luz es su vida, su vida es el amor, su amor su luz. En su estado de perfección su luz es inteligencia, su amor es la voluntad de la sabiduría, y su vida es la luz del conocimiento.

El alma es inmortal y eterna; no sufre. Pero al descender a la vida material va tomando formas cada vez más y más densas y se puede decir que se cubre de vestidos materiales. Estas envolturas que envuelven las almas son las que sufren y con ellas sufre también el alma unida a ellas, en caso de que se identifique con ellas. Cada una de estas envolturas tiene la organización adecuada para su existencia; el “cuerpo mental” y el “cuerpo astral”, cada uno según su plano, poseen una existencia tan eficaz como el cuerpo elemental del mundo visible.

En las escrituras filosóficas de los indos se describe el descenso gradual del alma a la materia en forma de una parábola. Ellos comparan la divinidad, el “logos” con un sol (espiritual). La luz del sol, al proyectarse sobre un diáfano espejo produce una superficie

brillante. Si esta luz del espejo se refleja sobre una placa metálica aparece una superficie menos brillante, y si esta luz se refleja a su vez sobre un muro, aparecerá también en este muro una superficie de más apagado brillo.

Cada uno de estos reflejos es una reproducción siempre más débil del anterior. El sol representa al hombre-dios (Cristo), primera imagen el alma divina; la segunda la personalidad, y la tercera al hombre material, visible. En cada uno de estos grados o planos puede desarrollarse el alma, pero esto no quiere decir que en cada uno haya tomado ya una forma. Fuera grande equivocación suponer que en cada persona, el cuerpo astral (12), el cuerpo mental o cuerpo espiritual o crístico estuvieron ya perfectamente formados.

Así como un niño puede perecer antes de que su cuerpo material se haya hecho viable o integrado totalmente, y así como un hombre puede morir antes de que su intelectualidad haya llegado a la madurez, también las otras formas, invisibles para nuestros ojos corporales, están sujetas a la misma ley. Si el cuerpo astral de todos los hombres estuviera completamente desarrollado y fuera consciente de su existencia, también sus sentidos internos se hallarían despiertos y capacitados, y cada individuo fuera de este modo clarividente, clariaudiente, claricactante, etc., y no necesitaría ya del cuerpo material para su existencia.

Una cosa parecida ocurre con el cuerpo mental, poderosamente desarrollado en un pensador, mientras que en un idiota apenas sí se percibe.

Pero en cuanto al cuerpo transfigurado por la resurrección que nace del espíritu, pertenece tan sólo a aquella persona que mediante el renacimiento espiritual haya llegado a la resurrección interior (13).

Después de la muerte del cuerpo, se desprende el alma nuevamente de las envolturas con las cuales se había investido; pero si no ha logrado alguna formación espiritual que la capacite para la estancia consciente en un grado o plano superior, al desprenderse de las envolturas materiales no le queda nada con que vivir la existencia superior, donde, a lo sumo, podría llevar una vida de sueños.

Sin embargo, mientras un hombre no haya logrado la conciencia de sí mismo, no tiene tampoco el autodomínio, sea en la Tierra o en el Cielo o en el Infierno, y será únicamente el juguete de las fuerzas que sobre él ejercen su influencia.

En cuanto al mundo exterior de los sentidos, también la mayoría de los hombres vive una vida como en sueños. Cuanto menor sea en ellos el grado de discernimiento, tanto más fácilmente serán guiados por ilusiones y los apetitos y las pasiones resultantes de ellas; un idiota vive totalmente en este estado, y a quienes les falten los constantes cambios de las impresiones de los sentidos, como, por ejemplo, a los presos en la cárcel, se sienten tanto más infelices cuanto menos cantidad posean de vida interior.

En la vida de los sueños el hombre está expuesto tanto más a toda clase de atracciones y repulsiones, cuanto menos ha llegado al dominio de sí mismo por la razón. En el plano mental vive del resultado de sus quimeras, agradables o desagradables, según en su interior se haya creado un cielo o un infierno.

Está rodeado de las imágenes que su imaginación creara animadas por su voluntad.

No quisiéramos alejarnos demasiado de nuestro objeto entrando aquí en consideraciones sobre los diferentes estados después de la muerte (14) y tan sólo hay que añadir aquí que todas estas envolturas y cuerpos animados por el alma son el resultado de una cooperación de fuerzas materiales, astrales, intelectuales y espirituales.

Todas estas fuerzas se agotan en el transcurso del tiempo y los cuerpos formados por ellas se descomponen en sus elementos, y el alma, que ya no tiene cuerpo, pero en la cual existe todavía el amor a la existencia, pide instintivamente una nueva reencarnación. Según las leyes de la Naturaleza será atraída allí donde su afinidad, según su carácter, le llama. El alma no puede elegir libremente a sus padres. Esto puede hacerlo únicamente el ser que ha logrado ya la verdadera autoconsciencia espiritual.

De estas reflexiones resulta, pues, que el tiempo que media de una encarnación a otra puede ser corto o largo, según las circunstancias (15).

Si el alma se separa del cuerpo antes de que en ella se haya formado un organismo superior que le sirva de morada, es de suponer que en el tiempo más breve posible trate de edificar se un nuevo cuerpo material, reencarnándose para este fin. Esto es probablemente el caso de los niños pequeños y es muy posible que un niño nazca varias veces en la misma familia o, mejor dicho, que la misma alma se reencarne repetidas veces en el mismo ambiente.

Otra persona, cuyo cuerpo pasional había sido nutrido y fortificado por sus deseos, puede quedarse, quizá, durante siglos enteros, ligada a esta envoltura peculiar (16) creada por ella misma, reencarnándose su alma tan sólo cuando se haya agotado la vida de pasiones, puesto que no tiene nada que la eleve a un plano superior.

Es posible que lo mismo suceda al alma de un investigador científico que haya dedicado su vida entera a especulaciones intelectuales, descuidando, sin embargo, la vida de su alma. En esta clase de hombres, la mente está sobrealimentada y el cerebro está lleno de conocimientos (17), mientras que el corazón se queda sin amor y el alma muere por falta de nutrición. Ninguna de estas almas está libre; todas siguen la ley de las necesidades que las llevan, atadas a la rueda de Samsara (18) de nacimientos y muertes que está rodando constantemente.

No hay otra salida para emanciparse del voltear de esta rueda perenne que la liberación, el camino del verdadero conocimiento de sí mismo por la experiencia, el sendero del renacimiento espiritual por el cual el hombre, llegando al conocimiento de su DIOS obtiene la conciencia de su propia existencia divina.

Todos los hombres, si no carecen de la divinidad interna, en la verdadera acepción de la palabra, contienen el germen para el “renacimiento espiritual” y la inmortalidad. El plano superior a que pertenece el alma se nos manifiesta en nuestro interior por un deseo vehemente hacia lo sublime. Nosotros tenemos el presentimiento de que hay algo inmortal en nosotros que puede desarrollarse y llegar a su realización.

El estudio de libros trascendentales puede ser tan sólo una guía para el conocimiento de la verdad; pero esta verdad solamente la conocemos cuando se manifiesta al través del hombre.

Con el fin de que este germen de la inmortalidad crezca en nosotros realizando este renacimiento espiritual y conozcamos conscientemente la verdad, necesita el alma los elementos materiales, psíquicos e intelectuales adecuados. Un cuerpo limitado por la enfermedad, las perversidades morales, los prejuicios intelectuales, la gazmoñería, el materialismo, los conceptos equivocados del mundo, etc., son cosas que se oponen a tan elevado fin, formando, creando trabas al alma, siéndole imposible cumplir el objeto por el cual vino al mundo.

De estas consideraciones se infiere que la generación es algo mucho más importante que la creación de formas animal-humanas que, según el deseo, son de sexo masculino o de sexo femenino. El interés está más bien en proporcionar al alma que va a reencarnarse, una morada pura y sana en la cual encuentre los elementos necesarios para su desarrollo y perfeccionamiento, apartando las influencias perjudiciales, ya sean materiales, psíquicas o intelectuales y procurándole, en cambio, la asimilación de influencias útiles.

Cada cosa crece por el alimento adecuado a su naturaleza: el cuerpo material por la administración de alimentos materiales, el cuerpo de pasiones por la recepción de corrientes astrales y el cuerpo mental mediante las ideas.

Y el espíritu crece por las influencias espirituales...

En el hombre todos estos elementos están unidos y compenetrados y el alma recoge sus porciones más nobles y más perfectas, para su desenvolvimiento. Atrayendo lo divino realiza su divinidad. De esta manera, el ideal inmortal toma cuerpo en el hombre. Pero sin esta personificación o ley de encarnaciones sucesivas, fuera esta realización tan sólo un plan, una idea, una imaginación o un sueño; una visión, en fin.

Esta clase de meditaciones han de convencer a todas las personas pensadoras de que el estudio de estas leyes sublimes de la Naturaleza, tan poco conocidas todavía por la ciencia académica, es mucho más importante que todos los demás esfuerzos que se están efectuando para conocer la vida de la materia. Este estudio es mucho más importante que las exigencias de la política, de las ciencias, de las fórmulas religiosas, de la vida social, de la moda, de la humanidad, etc; a las cuales, desde luego, no negamos su lugar y justificación.

En nuestros esfuerzos para lograr lo Sublime, debemos tener ante nuestros ojos siempre lo óptimo. Cuando de veras nos hayamos dado cuenta de que el espíritu posee el poder de dominar la materia, abriéndonos el Reino de la vida superior, entonces sabremos apreciar también en su justo valor las apariencias de esta vida terrestre y comprender el sentido de las palabras del Maestro: “Todo es vanidad y todo es efímero; tan sólo perdura el Amor para el más Sublime”. Este amor es la fuente de todo bien.

NOTAS

(1) “Fausto”, de Goethe, parte primera. Véase “La mística en el Fausto de Goethe”, de Franz Hartmann.

(2) Véase F. Hartmann, “La medicina de Teofrasto Paracelso” (pág. 175, etc.), y “Bases fundamentales de las enseñanzas de Teofrasto Paracelso de Hohenheim”.

(3) Véase la primera parte de “Manual Teosófico” (constitución septenaria del hombre). De Annie Besant. - Biblioteca Orientalista, Barcelona.

(4) Véase también: “La Magia blanca y negra”, y “Misterios, Símbolos y Fuerzas mágicas”, de Franz Hartmann.

(5) Pablo, I. Corintios, III, 16.

(6) Naturaleza, Natura, de “natus” (nacido).

(7) Véase Sri Sankaracharya: “El Paladión de la Sabiduría. Tattva-Budhi (conocimiento de la existencia). Atma-Budhi (conocimiento de sí mismo)”. Traducción alemana de Franz Hartmann.

(8) Véase “Reencarnación” de Annie Besant.

(9) Véase “Karma” de Annie Besant.

(10) Véase A. Besant: “Nacimiento y desarrollo del alma”, y A. P. Sinett: “El crecimiento del alma”.

(11) Véase Sri Sankaracharya “Tattva-Budhi”, de Franz Hartmann.

(12) Véase “El plano astral”, de C. W. Leadbeater; y “El hombre y sus cuerpos”, de A. Besant. - Biblioteca Orientalista. Barcelona.

(13) Coloss. I, 27. Hiob XIX, 25- I. Corint. XV. 53, etc.

(14) Véase : “La muerte, ¿y después?” y “El inmediato futuro”, de A. Besant. Biblioteca Orientalista. Barcelona.

(15) Ob. cit.

(16) El cuerpo “astral”. (N. del E.)

(17) En esta clase de individuos el cuerpo que perdura es “manas” o “cuerpo mental concreto”. (N. del E.)

(18) Palabra sánscrita que significa rotación y se aplica a la simbólica “rueda de nacimientos y muertes”. (N. del E.)